



Dra. Carmen de la Calle Maldonado

Universidad Francisco de Vitoria, Madrid, España

@ m.calle@ufv.es

0000-0002-0387-5959

■ Recibido / Received
7 de noviembre de 2019

■ Aceptado / Accepted
25 de noviembre de 2019

Dra. Cecilia Castañera Ribé

Universidad Francisco de Vitoria, Madrid, España

@ c.castanera@ufv.es

■ Páginas / Pages
De la 303 a la 315

■ ISSN: 1885-365X

Dra. Pilar Giménez Armentia

Universidad Francisco de Vitoria, Madrid, España

@ p.gimenez.prof@ufv.es

0000-0001-5655-7703

La incomunicabilidad del misterio del sufrimiento

The incommunicability of the mystery of suffering

El sufrimiento es testigo de la condición vulnerable del ser humano. Esta vulnerabilidad se desvela en la inconsistencia, finitud, limitación y radical dependencia humana de los otros, a los que necesita como ámbito de crecimiento personal y afectivo. El ser humano es también libertad frágil, no lo puede hacer todo. El fracaso y la muerte son expresión de esta naturaleza limitada, que a su vez, es posibilidad de profundo sentido. El sufrimiento se experimenta muchas veces como acorralamiento y desprotección extrema que empuja a huir o a intentar anestesiarse, sin posibilidad de escape. Ello le da un carácter místico, que exige a la persona entrar en la espesura de la experiencia sufrida, para vivirla desde una voluntad de sentido y un compromiso valiente con la vida. Todo ello hace del sufrimiento una experiencia incommunicable y profundamente personal, porque en última instancia, solo el que sufre sabe lo que sufre. Es posible acompañar y aliviar el sufrimiento del otro pero, al tratarse de un misterio intransferible, nunca una experiencia de dolor puede asimilarse a otra. Estamos ante una realidad en la que cada ser humano se descubre en su verdad y se encuentra consigo mismo de un modo particularmente único. Esta experiencia de incommunicabilidad tan radical exige a la persona la tarea de asimilar, aceptar, vivir y aprender en el dolor, para transformarlo en camino único de sentido y verdadera humanización.

PALABRAS CLAVE: vulnerabilidad, misterio, incommunicabilidad, sufrimiento, muerte, sentido.

Suffering gives testimony to the vulnerable condition of the human being. says of the human being: inconsistency, finitude, limitation, "*infirmity*" and radical dependence on others, whom he needs as an area of personal and emotional growth. The human being is a fragile freedom, he cannot do everything. Failure and death are expression of this limited nature, which, in turn, are possibilities of finding profound meaning. Suffering is often experienced as an enclosed and extreme lack of protection, in the face of which the individual is impelled to flee from the suffering or confront it in an attempt to eliminate it, with no real possibility of escape. This gives it a mysterious character, which requires the person to "enter" in the thicket of the suffering experience, to live it from a courageous commitment to life. All this makes suffering an incommunicable and intimate experience, because in the end only those who suffer know what they suffer. It is possible to accompany and alleviate the suffering of others, but since it is a non-transferable mystery, one experience of pain can never be assimilated to another. We are facing a reality in which each one discovers and finds himself in a particularly unique way. This experience of radical incommunicability requires of the person the task of assimilating, accepting, living and learning in pain in order to transform it into a unique path of meaning and true humanization.

KEY WORDS: vulnerability, mystery, incommunicability, suffering, death, meaning.

1. Introducción

El punto de partida de este trabajo es el análisis de la condición vulnerable del ser humano en algunas de sus manifestaciones más evidentes: necesidad, dependencia, limitación y mortalidad. A continuación nos adentramos en el la cuestión que da título al artículo: la incommunicabilidad del misterio del sufrimiento, explicando primero porqué hablamos de misterio y luego, en qué sentido es o no una experiencia imposible de comunicar. Concluimos afirmando que esa incommunicabilidad del sufrimiento puede ser fuente de sabiduría y crecimiento en la medida en que es vivida con una voluntad de sentido.



2. La condición vulnerable del ser humano

«El hombre no es más que una caña, la más débil de la naturaleza; pero una caña que piensa». Así expresaba Pascal la naturaleza paradójica de la persona: lo más frágil pero, al mismo tiempo, lo más elevado (Martínez Lozano, 2014, p. 2).

El impulso a la unidad y a la plenitud es muestra de la no terminación o fragilidad del ser humano, que es posibilidad abierta e inseguro en su existir. La angustia y la incertidumbre no son síntomas patológicos, sino manifestación del vivir como persona, de su falta de firmeza, de su *infirmity*. Y es justo ese inacabamiento el que le abre al futuro, a la posibilidad de realizarse. No obstante, la suya es una realización agónica, sin seguridades, en tensiones (entre su exterior y su interior, entre su materia y su espíritu, entre su voluntad y la voluntad de los otros, entre su voluntad y sus deseos).

El sufrimiento no es ajeno a la vida humana, sino que está presente en ella bajo formas y modalidades muy distintas. El ser humano es *homo patiens*: sufre precisamente porque es vulnerable y cuando sufre o cuando está enfermo se percata de un modo patente y patético de su extrema vulnerabilidad. El sufrimiento es testigo de nuestra finitud, de los obstáculos y límites que encontramos en la vida. Esta vulnerabilidad despierta y genera preguntas, no teóricas sino existenciales, difíciles de responder y de afrontar de modo creativo.

A continuación, pondremos el foco en algunas manifestaciones de esa vulnerabilidad del ser humano: necesitado, dependiente, limitado y mortal.

2.1. EL SER HUMANO: UN SER NECESITADO Y DEPENDIENTE

El recién nacido llega al mundo envuelto en el ropaje de la vulnerabilidad, nace como *desamparado*, está adaptado a estar desadaptado. Esta condición dependiente ya se halla recogida en la dimensión de sociabilidad (*politikon*) que aparece en Aristóteles cuando define al ser humano como un animal racional y social (*zoon logon politikon*).

El antropólogo Arnold Gehlen (1987) muestra cómo el ser humano es muy mediocre biológicamente en su capacidad de adaptación al medio, puesto que su aparato instintivo es pobre e insuficiente y sus conductas son muy poco especializadas para sobrevivir en condiciones adversas o de desprotección; a nivel emocional ningún otro como él necesita satisfacer su necesidad de sentirse reconocido, para poder crecer sobre una cimiento psicológico y afectivo de confianza y de seguridad.

El bebé se nos presenta como totalmente indigente y menesteroso, necesitado de otro que le suministre todos los cuidados cuando llega este mundo. Está hecho para ser atendido, alimentado, protegido... es decir, para ser amado, para ser acogido. Necesita que, de forma amorosa, otro piense por él, quiera por él, y actúe por él. Es la denominada "urdimbre afectiva" (Rof Carballo, 1973, p. 35) que habla de la indigencia del cachorro de la especie humana que, estando en lo más alto de la pirámide zoológica, se presenta como el más necesitado y vulnerable de todos los seres vivos. Marcos Martínez habla de una *antropología de la dependencia* y señala cómo la filosofía cartesiana presenta una imagen del ser humano principalmente racional, dejando a un lado su parte corporal y su naturaleza animal: «Desde esta perspectiva, difícilmente se podía pensar la vulnerabilidad y la dependencia como notas integrantes de lo humano. Más bien se veían como defectos o disminuciones de lo humano» (Marcos Martínez 2012, p. 84).

El filósofo alemán Robert Spaemann (2004) ve en esta dependencia una expresión de nuestra radical condición relacional, abierta, llamada a la comunión y plantea la situación de dependencia como una oportunidad para la persona de profunda humanización y encuentro con el otro.

Tal y como señala Aguirre García (2010) según Lévinas, «todo rostro me interpela, rompe mi encapsulamiento; sin embargo, de entre todos, el rostro del débil es quien arroba con prelación mi conciencia y la desborda». Por eso las personas particularmente dependientes (personas mayores y/o con alguna discapacidad) expresan de modo más patente este rasgo humano de la vulnerabilidad, que esconde una profunda belleza, invisible para aquellos que no pueden o no saben percibirla y evidente para otros que, al descubrirla y reconocerla, provoca en ellos el desarrollo de sus capacidades más nobles: la de darse y la de recibirse gratuitamente el uno al otro.

En ese sentido, el desprecio por esta condición de vulnerabilidad es fuente de deshumanización de una sociedad, porque la atención a los más dependientes define el grado de civilización de una cultura.

Si bien el ser humano goza y siente una fuerte llamada a ser autónomo, esta autonomía



es siempre *heteronómica*, es decir en relación de dependencia. Esta identidad carencial expresa nuestra condición incompleta y dice que *solos* no estamos completos, es más, somos llamados a una plenitud de la que carecemos (Lorda, 2013, p. 291). La dependencia remite a nuestra radical condición relacional, habla de nuestra naturaleza abierta, y de nuestro llamado intrínseco a la comunión.

2.2. EL SER HUMANO: UN SER LIMITADO

La persona es también un ser limitado porque, aunque es libre, no lo puede todo y se descubre en el devenir de la vida condicionado por innumerables límites. Posee una libertad frágil, aunque anhele una libertad absoluta.

Los límites nos separan de lo que no somos ni podremos ser o alcanzar temporal o perpetuamente; los límites muestran posibilidades vitales que ya no tenemos o quizá no tendremos nunca. Nos limita la condición física, la falta de salud, las posibilidades económicas, el lugar y el momento de la historia en el que nacemos... y todo esto se nos presenta como el roce áspero de la realidad porque nos restringe y limita. Una experiencia particular de esta condición limitada del ser humano es el fracaso, definido por Gevaert (1997, p. 291) como «cualquier intento de asumir un valor que se hunde y acaba en la nada».

Todo aquello que parece estar en contraste con las justas exigencias personales o con los ideales a los que se aspira es entendido como un fracaso (Horcajada Núñez, 2010, p. 23); de hecho, los fracasos frustran algo más que un proyecto particular, afectan también al proyecto de vida de la persona que siente que ha fracasado. Según Gevaert (1997), la comprensión del fracaso nos sitúa en la tentativa humana de un ser que dispone de un poder de acción a la vez real y limitado, es decir de una libertad frágil.

Es importante señalar que los límites también contradicen la pretensión omnipotente de la persona prometeica. No somos omnipotentes, no lo podemos todo, aunque vivamos inmersos en una cultura que pretende convencernos de ello. La limitación desenmascara de raíz la ilusión de la omnipotencia narcisista, de la autonomía absoluta que concibe al ser humano como energía todopoderosa, como pura acción, que se auto-comprende como *yo pienso, yo deseo, yo decido, yo hago, yo puedo conseguirlo*. Esta concepción hace que se piense a sí mismo como su centro, su origen, el dueño absoluto de su ser y existir.

Según Vega Rodríguez (2000) la fantasía de erradicar el dolor con los avances médicos «es una imaginación de muerte, un sueño de omnipotencia que desemboca en la indiferencia de la vida». Perder la capacidad de sentir dolor equivaldría a perder también la posibilidad del placer y del disfrute de todo lo bueno que nos ofrece la vida.

Los defensores del trashumanismo abogan por eliminar el envejecimiento y mejorar en gran medida las capacidades intelectuales, físicas y psicológicas de la especie humana, pero, hoy por hoy, seguimos sometidos a las leyes del universo y al principio metafísico del movimiento y el cambio, a pesar de los grandes progresos de la ciencia y de la tecnología. El sufrimiento sigue siendo «inevitablemente humano y humanamente inevitable, porque no somos dioses» como apuntaba Gómez Sancho (1998, p. 149).

Con los límites el ser humano pierde pie en sí mismo y se tiene que abrir a la realidad tal



cual es; ahí es cuando le sobreviene la pasividad del sufrimiento: la receptividad para asumir y aceptar libremente la limitación, una realidad que antes o después se acaba imponiendo a su deseo de autosuficiencia.

Ser limitado también puede presentarse como una oportunidad para cuestionarse a fondo por el sentido, ya que a través de esas situaciones límite que le sitúan al borde del abismo, se ve obligado a asomarse a su interioridad más profunda, a preguntarse por el para qué de lo acontecido, a afrontar la pregunta por el sentido desde su propia vulnerabilidad. Para Gómez Sancho (1998) el sufrimiento tiene la virtud de arrancar la máscara y así revelar lo que cada ser humano realmente es en relación a sí mismo y a los demás:

El dolor lo desnuda y descubre sus profundidades. Permite penetrar en lo íntimo de las personas. Hace surgir nuevas posibilidades. Allí, cada uno da su medida y demuestra su calidad. El sufrimiento no permite esconder lo que uno es por dentro, los valores que vive, la clase de hombre que es.

Jaspers (1968, p. 338) dice «La grandeza del hombre depende de aquello que llega a ser en la experiencia de las situaciones límite» y Lacroix (1967, p.146) afirma con contundencia que «únicamente el que construye y osa afrontar con pasión la posibilidad del fracaso en lo que realiza está en condiciones de encontrar en el fracaso un destello de eternidad».

La toma de conciencia de los límites es la condición *sine qua non* para la aceptación y la superación. El ser humano no lo puede todo pero sí tiene una libertad interior que le permite afrontar, asumir, y dar sentido a lo que le sobreviene, incluso en medio de las tragedias más imprevistas.



2.3. EL SER HUMANO: SER MORTAL

No podemos olvidar que todos los límites en última instancia nos remiten al límite extremo y definitivo de la muerte y nos recuerdan que la vida es un morir cada día. Se entrega la vida pedazo a pedazo. La persona sufre porque, a la vez que se va perfeccionando, se va caducando y se ve expuesta a la aniquilación y al tiempo. Vive en un permanente asomarse al espacio vacío del tiempo, que se le escapa como agua entre las manos.

«La vida de todo hombre viene a ser un suspiro intermedio entre dos lágrimas: la del nacimiento y la de la muerte» (Gómez Sancho, 1998, p. 149). La única condición necesaria para morir es estar vivo. Desde el mismo momento en que llegamos a la vida, estamos expuestos a la muerte. Esta posibilidad radical revela un aspecto de la verdad de lo que es el ser humano, mejor dicho, de quién es el ser humano, aunque es una verdad que no es aprehensible conceptualmente, como afirma Domínguez (2011, p. 85). Esta condición mortal debe ser asumida y aceptada si se quiere vivir en la verdad de lo que se es, de su auténtica identidad. A pesar de eso, a menudo se vive como si no existiera la muerte, alimentando una falsa ilusión de eternidad y perdiendo la conciencia de la irrepitibilidad de cada momento. Se olvida que es el *cotidie morimur*, que señalaba Séneca en sus Epístolas, lo que permite vivir el presente con plenitud.

El ser humano a menudo parece anestesiado con relación a la realidad de la muerte:

primero la ignora como posibilidad en su juventud, para olvidarla más adelante y luego rechazarla en la ancianidad o en la enfermedad (propia o ajena) como si fuese algo que no ha de llegar todavía. En definitiva, no se acepta la muerte como una etapa de la vida, la última, que está llamada a ser vivida con su valor y sentido propio; como señala Spaemann (2004), ahora no se enseña a morir: «Los niños ya no ven cómo mueren los ancianos; la mayor parte de la gente se encuentra con la muerte por vez primera en la suya propia».

La cultura actual ha conseguido sacar la realidad de la muerte de la cotidianidad de la vida. La gente ya no muere en casa como sucedía antaño, rodeada por la familia y envueltos en el calor del hogar. Ahora es más habitual encontrarse con una muerte privada y solitaria, aislado en una sala a solas o con personal sanitario, rodeado de tubos y máquinas, todo y todos bien esterilizados para evitar infecciones; el hospital permite alejar la muerte del hogar, colocarla a cierta distancia. Es otra forma de morir y de ver morir: con un cristal por medio o a través de una pantalla a golpe de mando a distancia, sin peligro de ser salpicados por la sangre o invadidos por el olor.

La muerte forma parte de la vida de cada uno y constituye un momento personal y único. Morir es algo estrictamente personal, es uno de los parámetros del vivir. Y aunque se aparte la realidad de la muerte del día a día, el ser humano está determinado por ella, antes, ahora y siempre. Es parte de su esencia, ya que la finitud de la existencia humana estructura lo real desde el «ser para la muerte» de Heidegger, como afirma Alonso Cano (2017, p.1): «El hecho de que somos entes atravesados por la muerte es lo que nos da nuestra paradójica entidad (puedo morir por el otro, pero jamás podré morir su muerte sería el precepto que condensaría esta perspectiva)».



3. La incomunicabilidad del sufrimiento

En la medida en que abordamos el sufrimiento como un misterio, surge la duda sobre la posibilidad real de que sea algo comunicable. En este apartado se argumenta por qué planteamos el sufrimiento como algo misterioso y en qué medida es o no es una experiencia comunicable.

3.1. EL SUFRIMIENTO COMO MISTERIO

El sufrimiento se nos presenta como *algo* que nos atraviesa y a la vez nos trasciende. Es algo que a veces nos desborda porque supera nuestro deseo de control y dominio. La pregunta es: ese *algo*, ¿es un problema o un misterio? Un problema es algo que, a priori, tiene solución. Un misterio aparece como algo imposible de resolver. Las definiciones que encontramos en el Diccionario de la Lengua Española son:

- Problema: planteamiento de una situación cuya respuesta desconocida debe obtenerse a través de métodos científicos.
- Misterio: cosa arcana o muy recóndita, que no se puede comprender o explicar.

Gabriel Marcel (1968, p. 145) define un problema como lo que uno encuentra ante sí

y puede «cribar y reducir» mediante las técnicas adecuadas; por el contrario, el misterio trasciende toda técnica ya que

es algo en lo que yo mismo estoy comprometido y que, por consiguiente no es pensable sino como una esfera en la cual la distinción entre lo en mí y lo que hay delante de mí pierde su significación y su valor inicial.

Frente a la idea de que el sufrimiento es un misterio que hay que sobrellevar, la cultura actual (tan condicionada por la mentalidad científicista dominante y por las promesas trashumanistas de mejora de la condición humana) nos hace creer que el progreso científico y tecnológico, nos permitirá en el futuro evitar la enfermedad y el dolor, alargar la esperanza de vida hasta lo inimaginable e incluso *controlar* la muerte.

¿Es posible huir del sufrimiento? Hoy por hoy sigue presentándose ante nosotros como una encerrona vital de la que no se puede escapar: tarde o temprano se hace presente en la vida de todo ser humano. Es entonces cuando se vive como desprotección extrema y acorralamiento del que no podemos librarnos por mucho que pretendamos anestesiarlo. Dice Lévinas:

En el sufrimiento se produce la ausencia de todo refugio. Es el hecho de estar directamente expuesto al ser. Procede de la imposibilidad de huir y de retroceder. Todo el rigor del sufrimiento consiste en esa imposibilidad de distanciamiento. Supone el hecho de estar acorralado por la vida y por el ser (2003, p.105).



3.2. EL SUFRIMIENTO COMO EXPERIENCIA INCOMUNICABLE

El ser humano no solo sufre, además sabe que sufre y eso hace distinto su dolor respecto al del resto de los seres vivos. Puede hacer partícipe de ello a otras personas y eso a veces le produce un gran alivio, pero sabe y experimenta que el dolor es algo personal, suyo, intransferible, y en última instancia, incomunicable

El hombre experimenta el sufrimiento en lo más profundo de su ser, como sujeto personal: soy yo quien sufro, no otro, aunque el otro pueda sufrir conmigo en la experiencia dialogal y personal de la compasión. El sufrimiento es en cierto sentido único, intransferible e irrepetible. Es cada sujeto humano en su singularidad quien se enfrenta de modo dramático a su dolor. Aunque el sufrimiento se constituya como rostro doliente para los demás, y sea así comunicable y conmovedor para el otro, en último término permanece en la soledad íntima del propio ser personal (Fuster, 2004, p. 269).

Se puede sufrir con el otro (en el sentido literal de *compadecer*: padecer con el otro, no desde la lástima o la pena, sino desde la verdadera compasión) pero no por él, no en él. Cada uno tiene el reto de vivir su dolor en su propia singularidad, en el fondo íntimo de su ser, donde está a solas consigo mismo.

La empatía permite ponerse en el lugar del que sufre, pero siempre de una forma

metafórica, porque todo ser humano en última instancia, experimenta que es él, en primera persona del singular, quien ha de afrontar solo su dolor: solo el que sufre, sufre lo que sufre. Podrá ser acompañado en su sufrimiento, pero no podrá transferirlo a nadie para librarse de él, por mucho que sea amado. Acompañar al que sufre y dejarse acompañar cuando es uno el que sufre, alivia la carga del dolor, pero no lo elimina.

El ser humano puede también compartir su dolor con alguien que ya haya pasado por un dolor similar, pero la experiencia de un sufrimiento nunca es idéntica a otra. Cada ser humano afronta sus heridas como puede, como sabe y como quiere. Y no hay dos reacciones iguales, cada uno tiene la suya, única e irrepetible, personal e intransferible.

Unamuno (1995, p. 140) hablaba de la muerte y el dolor como el único «misterio misterioso» a través del cual se toma conciencia de uno mismo: sentirse *yo mismo* al saber que no soy los demás. Reconocerse como distinto al resto de los seres humanos desde la experiencia del propio límite. Al hilo de estas reflexiones de Unamuno, Horcajada Núñez comenta que pasamos por el trance de la muerte en soledad, de ahí el carácter inimitable de la muerte de cada uno, que no se parece a ninguna otra y que provoca angustia al «dar el salto de la muerte en tercera persona (la muerte abstracta o incluso la muerte propia, en tanto en cuanto se la considere de forma impersonal y conceptual), a la muerte en primera persona». Es adentrarse en un «misterio que me afecta íntegramente y ante el que no me queda escapatoria» (2010, p. 59).

Hablamos de la incomunicabilidad del sufrimiento en la medida en que así lo experimentamos. Es una experiencia difícil de expresar porque es un misterio imposible de abordar; para abarcarlo, no bastan teorías ni explicaciones racionales. El ser humano intuye que no hay fórmulas ni recetas universales para el dolor, sabe que no bastan remedios farmacológicos para eliminarlo, es consciente de que no se trata de un tema más a estudiar o sobre el que pontificar, sino que se encuentra ante algo que *le pasa a él, al otro y a todos y cada uno*, porque antes o después el sufrimiento irrumpe en la vida de todo hombre o mujer. No se halla pues ante el análisis objetivo y teórico sobre *el sufrimiento*, sino de enfrentarse a *su sufrimiento*. El suyo propio, el que le duele a él, y del que apenas puede decir algo porque no hay palabras que alcancen a verbalizar lo que siente cuando sufre. Cada uno vive el suyo y no es fácil expresar cómo, cuándo y cuánto duele cuando duele.

Julián Marías (1988, p. 39) decía que «Cada persona es una novedad radical imposible de reducir a otra realidad dada», de forma análoga podría decirse que cada sufrimiento personal es una novedad irreductible a ningún otro sufrimiento. Por eso, no ha lugar entrar en absurdas comparaciones, por mucho empeño que haya en clasificar por categorías según el umbral del dolor de cada cual. ¿Cómo pesar, medir, comparar el sufrimiento de uno frente al de otro?, ¿quién decide quién sufre más si no es posible transmitir, verbalizar, comunicar el misterio de lo incomunicable?

Como señala Vega Rodríguez (2000, p. 1): «El hombre que sufre aparece envuelto en un misterio intangible que debe provocar el respeto de los demás. Su padecimiento siempre será incomunicable».

El sufrimiento no es pues una cuestión teórica, sino que es una experiencia profundamente existencial y cada persona tiene una inequívoca vivencia personal al sufrir.

El ser humano no lo vive solo como una experiencia que le ronda, que le influye y le condiciona, sino como algo personal e intransferible que toca los centros neurálgicos de



su persona, que afecta íntimamente a la totalidad de su ser y no solo a una zona de éste. Debido a la unidad de la persona y a la hondura de estas experiencias dolorosas es toda la persona la que queda afectada por ellas (Navarro, 2015, p. 10). Cuando el dolor se apodera de alguien, éste lo experimenta como algo que entra en pugna con su tendencia más íntima y lo esclaviza, lo oprime porque no resulta integrable, y al ser totalizante, rompe su unidad personal. Es ahí precisamente desde donde arrancan las preguntas existenciales, a veces desgarradoras, sobre el por qué y el para qué del dolor.

Ante una pena contra la que nada podemos hacer, despierta y aflora dolorosamente en medio de la impotencia la pregunta por el sentido.

Según Vega Rodríguez (2000, p. 2) en su reseña sobre la obra de Le Breton, *Antropología del dolor*,

despojar al dolor de todo significado supone dejar al ser humano sin recursos, hacerlo vulnerable. Aunque parezca al hombre el acontecimiento más extraño, el más opuesto a su conciencia, aquel que junto a la muerte le parece el más irreductible, el dolor no es sino el signo de su humanidad. Abolir la facultad de sufrir sería abolir su condición humana.

En palabras del propio Le Breton (1999) «el dolor es un hecho personal, encerrado en el concreto e irrepitable interior del hombre y el sufrimiento, una experiencia incomunicable», por eso señala que es una falsedad la ponderación objetiva de los experimentos de medición de los umbrales de dolor. Según él «Para comprobar la intensidad del dolor de otro sería necesario convertirse en ese otro». Y no hay posibilidad real de ser el otro ni sufrir en el otro. El filósofo y cirujano francés, René Leriche (1949, p. 28) afirma con rotundidad que «solo hay un dolor fácil de soportar, y es el dolor de los demás».

Leonardo Polo (1996, p. 207) también se refiere a la especial dificultad que entraña la cuestión del dolor:

No se trata, en efecto, de un tema simplemente oscuro, rebelde a la investigación por su altura, por su complicación, o por la imposibilidad de traerlo a la experiencia inmediata; es algo más radical, a saber: que no cabe idea del dolor. El dolor es *simpliciter*, ininteligible.

Por su parte Lévinas (1993, p. 115) habla del sufrimiento como «una manifestación concreta y casi sensible de lo integrable, de lo injustificable», como «lo inasumible y la inasumibilidad».

Juan Pablo II en su Carta Apostólica *Salvifici Doloris* (1984) hace referencia también a esta incomunicabilidad del sufrimiento «en su dimensión subjetiva, como hecho personal, encerrado en el concreto e irrepitable interior del hombre, el sufrimiento parece casi inefable e intransferible» (SD II, 5).



3.3. INCOMUNICABILIDAD COMO FUENTE DE SABIDURÍA Y DE CRECIMIENTO

Es pues un aprendizaje complicado pero esencial, de una importancia extraordinaria: no se aprende en los libros sino en la vida; los maestros que atisban la sabiduría existencial del sufrimiento no pueden enseñar sus lecciones desde una perspectiva teórica en clases magistrales, sino con el testimonio de su experiencia vital.

El dolor es un gran maestro, afirmaba Lewis (1994, p. 39) hablando en una etapa de su vida como *académico del dolor*, hasta que la experiencia de perder a Joy, el amor de su vida, le enfrenta al misterio del sufrimiento en toda su profundidad, tan profunda como profundo había sido su amor por ella: «El dolor de ahora es parte de la felicidad de entonces». Es a posteriori, cuando él aprende que amar y sufrir son dos caras de una misma moneda y este descubrimiento personal es el que le lleva a abrirse al mundo de los otros.

Carlos Diaz, desde su *soy amado, luego existo*, insiste en que aceptar el dolor es condición necesaria para la realización personal, porque aprender a sufrir es aprender a vivir y hasta que no sufres, no te conoces a fondo: «aquel a quien el dolor no educó será siempre un niño»; el que sufre se hace más humano, sencillo, se purifica, se abre al dolor del otro y al perdón: «todo amor que no se alimenta con un poco de dolor muere por irrealismo» (2002, p. 38).

En palabras de Juan Pablo II: «el sufrimiento parece pertenecer a la trascendencia del hombre; es uno de esos puntos en los que el hombre está en cierto sentido destinado a superarse a sí mismo, y de manera misteriosa es llamado a hacerlo» (Salvifici Doloris, 2).

Con el dolor se aprende siempre *a posteriori*, después de haber padecido; solo una vez que ya ha pasado, se destila el aprendizaje correspondiente: son lecciones de vida que se aprenden solo después de haber pasado por el túnel oscuro del sufrimiento.

Sufrir cambia al ser humano. A veces esos cambios son notorios y evidentes ante los ojos de los demás, aunque el que los sufre no sea muy consciente de ellos; pero en mayor o menor grado, afrontar el sufrimiento, sin anestésicos ni evasiones, marca un antes y un después en el que lo experimenta.

La clave está en saber cómo puede ser ese cambio que provoca atravesar el umbral del dolor, para poder decidir en qué medida y de qué manera queremos que nos transforme.

Hay quien tras pasar por un sufrimiento, se cierra en sí mismo, se protege para no volver a sufrir, busca culpables a quienes acusar con el dedo, reprocha y recrimina, evita asumir responsabilidades para no fracasar, se victimiza y se autocompadece, se queja y critica, se llena de resentimiento y rencor, de tristeza y desconfianza, se niega a perdonar y se enreda en la búsqueda de un por qué (¿por qué a mí?) y así podríamos alargar la lista de posibles reacciones que sacan lo peor del ser humano cuando no ha sabido o no ha podido aceptar, integrar y dar sentido a su dolor.

Por el contrario, hay quien es capaz de poner en juego lo mejor de sí mismo ante la adversidad: se abre al otro, pide ayuda y se deja ayudar con humildad, se hace responsable de sus decisiones, se sensibiliza ante el sufrimiento ajeno, se compromete, deja espacio para el perdón y la reconciliación, aprende a valorar lo que tiene y se siente agradecido por ello, busca un sentido, un para qué (¿cuál es el propósito de esto?); de nuevo, la lista de posibilidades sería interminable. Tantas variantes y matices como seres humanos hay.



Esto nos habla de la misteriosa grandeza del corazón humano, que es capaz de lo mejor y de lo peor ante una misma situación. Así lo expresaba Frankl (1991), fundador de la Logoterapia: «En los campos de concentración, vimos y fuimos testigos de camaradas que se comportaban como cerdos, mientras que otros se comportaban como santos».

Dicho de otro modo, cada uno se enfrenta al sufrimiento como puede, como sabe, como quiere, y cada cual lo hace a su manera, hay quien se engrandece y quien se empequeñece, dice Gómez Sancho, «No es que haya sufrimientos que destruyen y sufrimientos que elevan, unos que degradan y otros que dan vida. Cualquier sufrimiento puede dar resultados dispares. Son los hombres quienes se destruyen o se edifican con el sufrimiento» (1998, p. 150). En definitiva, venirse arriba o dejarse caer no depende del tipo o intensidad del sufrimiento, sino del ser humano.

4. Conclusiones

El ser humano no elige el dolor, es algo que le viene dado: se le cuele por las rendijas de la existencia sin poder evitarlo, muy a pesar suyo. Como decía Blondel (1996, p. 428) «el sufrimiento es en nosotros como una semilla. A través de él, algo entra en nosotros, sin nosotros y a pesar de nosotros». No obstante, depende de cada persona, como decíamos, elegir la actitud con la que afrontar ese dolor que le sobreviene. Esa libertad interior del ser humano para posicionarse ante lo que le sucede y le hace sufrir, es la última de las libertades que nada ni nadie le puede arrebatar, por muy condicionado que esté por esa semilla de dolor. Solo él decide en qué modo vivir ese misterio, pero no solo. *Solo yo, pero no yo solo*: somos seres de encuentro, nos necesitamos unos a otros para transitar por nuestra vulnerabilidad. Solos no podemos, no somos autosuficientes, aunque a veces creamos serlo.

Estamos hechos para la comunión, para el encuentro con los otros en comunidad, somos seres sociales, seres de encuentro. Solo yo puedo tomar las riendas de mi vida y decidir cómo quiero afrontar el dolor en sus múltiples manifestaciones: es algo que depende única y exclusivamente de cada ser humano, nada ni nadie puede decidir por él. Paradójicamente *solo yo, pero no yo solo* (no en clave dilemática, sino como consecuencia de ello) puedo pasar a la acción después de haber tomado esa decisión personal, y es ahí, donde el otro se nos desvela como alguien necesario, para poder sostener esa decisión en la acción y en el tiempo y así, extraer el mayor provecho posible; en definitiva, para transformar el sufrimiento en algo fecundo.

El sufrimiento es testigo de la condición vulnerable del ser humano, y se presenta con esa nota de incomunicabilidad, con ese carácter íntimo, personal e intransferible que parecería hacer más dramática y desesperanzada la experiencia del sufrimiento.

Sin embargo, he aquí que la incomunicabilidad es fuente de energía y de posibilidades nuevas, porque precisamente en el encuentro real y descarnado con el sufrimiento, aparentemente sin salida, la persona puede decidir en un acto misterioso de su libertad entrar en la espesura de la experiencia sufriente, para vivirla desde un compromiso valiente de búsqueda de sentido.

Entonces la incomunicabilidad se hace auténtico encuentro con la realidad, un encuentro creativo que le lleva a asumir, aceptar y vivir la experiencia del sufrir de manera comprometida,



hasta apropiársela, hacerla suya y crecer desde ella.

Es en la incomunicabilidad del sufrimiento de donde mana la fuente de la sabiduría, la madurez, el crecimiento, la humanización, y la profunda comunicación con otros. Como si de las cenizas de un fuego moribundo, de manera misteriosa pudiese encenderse un fuego nuevo, lleno de fuerza, de vida, de sentido y aunque resulte sorprendente, de extraña y profunda plenitud.

5. Bibliografía

ALONSO CANO, Oriol (19/08/2017). Los deslizamientos de la muerte en el rostro del Otro. Emmanuel Lévinas. Recuperado de <https://elvuelodelalechuza.com/2017/08/19/los-deslizamientos-de-la-muerte-en-el-rostro-del-otro-emmanuel-levinas/>

AGUIRRE GARCÍA, Juan Carlos (2010). Sufrimiento, verdad y justicia. Alpha: Revista de artes, letras y filosofía, 30: 169-180. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/ejemplar/253850>

BLONDEL, Maurice (1996). La acción (1893). Ensayo de una crítica de la vida y de una ciencia de la práctica. Madrid, España: B.A.C.



DÍAZ, Carlos (2002). La virtud de la esperanza. México D. F., México: Trillas.

DOMÍNGUEZ, Xosé Manuel (2011). Psicología de la persona. Madrid, España: Gredos.

FRANKL, Viktor E. (1991). El hombre en busca de sentido. Barcelona, España: Herder.

FUSTER, Ignasi (2004). Perspectiva antropológica del sufrimiento. Epiritu LIII, pp. 263-277. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/1253519.pdf>

GÓMEZ SANCHO, Marcos (1998). Dolor y sufrimiento. El problema del sentido. Revista de la Sociedad Española del dolor, 5: 144-158. Recuperado de: http://revista.sedolor.es/pdf/1998_02_07.pdf

GEHLEN, Arnold (1987). El hombre. Su naturaleza y su lugar en el mundo. Salamanca, España: Sígueme. Recuperado de: <https://bit.ly/2LrLcsH>

GEVAERT, Joseph (1997). El problema del hombre. Introducción a la antropología filosófica. Salamanca, España: Sígueme.

HORCAJADA NÚÑEZ, José Ignacio (2010). Significado de la finitud temporal de la existencia en relación a la pregunta por el sentido en el Personalismo. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid. Recuperado de <https://eprints.ucm.es/11082>

JASPERS, Karl (1968). La fe filosófica ante la Revelación. Madrid, España: Gredos.

- JUAN PABLO II (1984). Carta Apostólica Salvifici Doloris. Madrid, España: Paulinas. Recuperado de: http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/hlthwork/documents/hf_jp-ii_apl_11021984_salvifici-doloris_sp.html
- LACROIX, Jean (1967). El fracaso. Barcelona, España: Nova Terra.
- LE BRETON, David (1999). Antropología del dolor. Barcelona, España: Seix Barral.
- LERICHE, René (1949). La Chirurgie de la douleur. Paris, Francia: Masson.
- LÉVINAS, Emmanuel (1993). Entre nosotros. Ensayos para pensar en otro. Valencia, España: Pre-textos
- LEWIS, Clive Staples (1994). Una pena en observación. Barcelona, España: Anagrama.
- LORDA, Juan Luis (2013). Antropología Teológica. Pamplona, España: EUNSA.
- MARCEL, Gabriel (1968). Etre et avoir, Tome I. Journal métaphysique 1928-1933. Paris, Francia: Édition de Broché.
- MARTÍNEZ LOZANO, Enrique (2014). La persona ante el sufrimiento. Entre la vulnerabilidad y la plenitud. En E. Benito, J. Barbero y M. Dones (eds.). Espiritualidad en clínica. Una propuesta de evaluación y acompañamiento espiritual en cuidados paliativos. Madrid, España: SECPAL (pp. 29-37). Recuperado de <http://www.enriquemartinezlozano.com/wp/wp-content/uploads/2014/12/LA-PERSONA-ANTE-ELSUFRIAMIENTO.pdf>
- MARÍAS, Julián (1988). Antropología metafísica. Madrid, España: Alianza.
- NAVARRO, Alejo (2015). La noche oscura en San Juan de la Cruz, Guía de lectura. Madrid, España: Edita Centre Pastoral Litúrgica.
- MARCOS MARTÍNEZ, Alfredo (2012). Dependientes y racionales. La familia humana. Cuadernos de Bioética, 23(77). Recuperado de http://www.fyl.uva.es/~wfilosof/webMarcos/textos/Textos_2013/Cuadernos_de_Bioetica.pdf
- POLO, Leonardo (1996). La persona humana y su crecimiento. Pamplona, España: Eunsa.
- ROF CARBALLO, Juan. (1973). El hombre como encuentro. Madrid, España: Alfaguara.
- SPAEMAN, Robert (2004). El sentido del sufrimiento, Distintas actitudes ante el dolor humano. Atlántida, 15. Recuperado de <https://www.bioeticaweb.com/el-sentido-del-sufrimiento-r-spaemann/>
- UNAMUNO, Miguel de (1985). Del sentimiento trágico de la vida. Barcelona, España: Planeta.
- VEGA RODRÍGUEZ, Pilar (2000). Antropología del dolor. David Le Breton.. Espéculo. Revista de estudios



